

Los Pedroches, segunda oportunidad

Pregón pronunciado por Francisco Antonio Carrasco en la recepción de la Casa del Valle de los Pedroches en la Feria de Córdoba 2008 el pasado 24 de mayo.

HUBO UN TIEMPO en el que las carreteras eran tan malas que vivíamos condenados al olvido. Viajar era toda una aventura. A veces, sorprendente, ilusionante. Muchas, amarga. Generalmente, forzada. Entonces, en Los Pedroches, tan sólo se salía para hacer el servicio militar, acudir al hospital –siempre, por supuesto, que la enfermedad fuera importante– o buscarse la vida en otro sitio, obligados muchas veces por las circunstancias de una estructura social adversa para gran parte de la población. En este último caso no se solía volver. La gente vendía todo y se iba, amortizando un pasado de miseria y soñando un futuro redentor. También, me dirán, había gente que se venía a la ciudad a estudiar. O a vivir, si tenía posibilidades. Cierto, pero eran pocos. Y esos, desgraciadamente, tampoco volvían.

En esa época había quienes se aventuraban a visitarnos con una cassette y un bloc de notas para estudiar nuestro folclore, nuestras manifestaciones culturales o nuestra gastronomía, como

si fuéramos una tribu perdida en el centro de África. Luego escribían preciosas tesis, muy celebradas en el ámbito académico. Dirán que soy un exagerado. Y que eso ocurría después de la guerra. No crean. El éxodo rural se produjo fundamentalmente en los años sesenta del pasado siglo. Algunos de ustedes seguro que emigraron entonces. Y de las carreteras, qué quieren que les diga. Recuerden solo un dato: el 26 de septiembre de 1984 –hace poco más de 23 años–, uno de los más célebres toreros de la época – **Francisco Rivera, Paquirri**– resulta cogido en la plaza de toros de Pozoblanco y muere poco antes de llegar a Córdoba. Se llega a decir que si la carretera hubiera sido mejor o hubiera habido un hospital en Pozoblanco se habría salvado. El hospital se inaugura al año siguiente, en julio del 85. Su funcionamiento, sin embargo, no debió de ser muy bueno, porque el 18 de febrero de 1988 –se han cumplido ahora veinte años, quizá habría que organizar algo para celebrarlo– los alcaldes de Los Pedroches se encierran en el Ayuntamiento pozoalbense como protesta por el mal estado de las carreteras y el lamentable funcionamiento del hospital. En este encierro, que supuso un hito muy importante para la historia

contemporánea de Los Pedroches, porque sirvió de germen para la creación de la futura Mancomunidad de municipios, estuvo el alcalde de Belalcázar, **Antonio Vigarra**, aquí presente. El hospital, con el paso del tiempo, ha ido mejorando, pero aún habrían de pasar más de seis años para que en octubre del 94 se abriera el nuevo acceso del Puerto del Calatraveño, que sí que supondría una revolución en las comunicaciones y nos abriría al mundo para desgracia de los amantes de la etnografía. A partir de ahí, poco a poco, a la carretera se le han ido quitando curvas, con lo cual los mareos y las vomiteras, tan normales hasta entonces, sobre todo en los coches que hacían la línea regular –Cabezas, López o Ureña– pasaron a formar parte de la memoria colectiva.

La unión es muy importante, el sentimiento de unidad, la sensación de que juntos podemos hacer algo. Lo comprobamos con aquel encierro de los alcaldes y luego tuvimos ocasión de experimentarlo en diversas ocasiones a mediados de los años noventa, cuando la posible instalación de un cementerio nuclear en Los Pedroches movilizó masivamente a la población, que llevó a cabo cinco grandes manifestaciones en Belalcázar, Torrecampo,

Villanueva de Córdoba, Peñarroya-Pueblonuevo y Pozoblanco oponiéndose al proyecto. Concentraciones que, al enfriarse la idea, sin duda por el rechazo social, dieron origen a una convocatoria popular mucho más festiva: la muestra de gastronomía y folclore. Finalmente, la última oleada de manifestaciones se inició el pasado año. Como siempre, por una causa justa, socialmente necesaria y, por lo visto en la pasada campaña electoral, políticamente asumible: la parada del AVE en nuestra comarca. Esperemos que cada uno cumpla sus compromisos y no tengamos que manifestarnos de nuevo.

La unión ha dado a nuestra tierra algunos de sus mejores frutos. Ahí tienen, si no, la Cooperativa Agroganadera del Valle de los Pedroches (Covap), motor económico de la comarca, modelo y envidia del cooperativismo español; o, a menor escala, la cooperativa Virgen de Alcantarilla, de Belalcázar, impulsora de la economía local.

Y del pasado, ¿qué decirles? Los Pedroches es una comarca de una gran importancia histórica, salpicada de monumentos notables, donde nacieron personajes que en su momento

estuvieron a la vanguardia de la política, la milicia, las ciencias, las letras o la religión. Personajes como **Al Bitruyi, Al-Gafequi, Sebastián de Belalcázar, Juan Ginés de Sepúlveda o Pedro Moya de Contreras**, por ejemplo. Una tierra con una magnífica gastronomía ligada fundamentalmente a la ganadería de la zona: el cordero, el cerdo y la ternera; con un folclore rico, de tradiciones centenarias e incontaminadas en las que aún pervive el sabor de lo auténtico –romerías, cruces, Semana Santa y representaciones navideñas–; una tierra que incorpora año tras año nuevas manifestaciones culturales, que rescata tradiciones y empieza a gustarse; una tierra, en fin, preñada de granito y salpicada de encinas centenarias que han marcado su paisaje y su sustento.

En mayo de 2004, la web Solienses, uno de los medios de comunicación más serios e influyentes de la zona, hizo una encuesta para elegir el monumento más representativo de la comarca. Ganó el castillo de Belalcázar. Pues bien. Estamos de enhorabuena, porque este año lo ha comprado la Junta de Andalucía. Por fin es público, como llevábamos soñando los

belalcazareños desde hace tanto tiempo. Desde aquí quiero rendir un homenaje a todos los que han hecho posible este logro e invitarlos a que lo visiten y lo sientan como propio. Es una muestra más de que los ideales se pueden conseguir. Solo hace falta luchar por ellos.

Reconozco que soy un privilegiado. Puedo volver al pueblo cuando quiero. Allí vive mi familia y algunos de mis amigos. En él puedo recuperar el sosiego y la ilusión de la niñez, los recuerdos, de los que muchas veces a una cierta edad se nutren los mejores momentos de nuestra vida. Allí en Belalcázar he escrito las mejores páginas de mis libros y me he visto reconocido por sus gentes, que han sentido como propio el ambiente que se respira en ellos; allí, recorriendo sus caminos, en esos paseos que te recomiendan ahora para reducir el colesterol y rebajar la tensión, me he sentido libre de ataduras, presiones y prejuicios. Pero no dejo de reconocer también que a veces me he sentido incomprendido y solo, que llega un momento en que la lejanía rompe el cordón umbilical que existe con tu tierra y con los tuyos, que percibes que no vais en la misma línea aunque intentes

obviarlo, que los demás, cuando llegas, y es lógico, tienen su vida al margen de la tuya, que la realidad, poco a poco, va dando paso a la nostalgia. Reconozco, sin embargo, ya les digo, que soy un privilegiado, pero hay muchos que, cuando esto ocurre, se sienten desnortados, huérfanos, les cuesta asimilar la nueva situación y acaban alejándose de su tierra y de su gente. El emigrante llega un momento en que se siente extraño en todos sitios. No comparte el presente con su pueblo de origen ni el pasado con su lugar de adopción. Uno de los grandes maestros del periodismo moderno, **Ryszard Kapuscinski**, premio Príncipe de Asturias en 2003, que se ha revelado en la última etapa de su vida como un excelente poeta, asegura en uno de sus poemas: **“Tu corazón es destrozado por el dolor:/ empiezas a sentir el corazón/ tus ojos de repente dejan de ver:/ empiezas a sentir los ojos/ tu memoria se hunde en la oscuridad:/ empiezas a sentir la memoria/ te descubres a ti mismo/ negándote a ti mismo/ existes/ negando la existencia”**.

Efectivamente, empezamos a sentir las cosas cuando las perdemos. Eso es lo que le sucede a quienes nos vemos obligados

a vivir fuera de nuestro lugar de origen. Afortunadamente, ahora las condiciones son distintas. Las vías de comunicación han mejorado. Y muchos de los pedrocheños que se vieron obligados a buscar un futuro mejor lejos de su tierra vuelven ahora a la vejez a la Arcadia de su infancia. Sin embargo, hoy queremos más. Queremos, por ejemplo, que el tren pare en Los Pedroches, para tener una rápida vía de acceso con Madrid; para que quienes quieran puedan acercarse a visitarnos, disfrutar de nuestra hospitalidad y empaparse de nuestra belleza, nuestra cultura y nuestro sosiego; para dejarnos, para qué negarlo, esos dineros que a ellos les sobran y a nosotros nos hacen tanta falta. Queremos abrirnos al mundo, mostrarle quiénes somos y sentirnos orgullosos de ello. El premio Nobel colombiano **Gabriel García Márquez** concluía su mejor novela asegurando que **“las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”**. Nosotros, Los Pedroches, queremos una segunda oportunidad y todas las que sean precisas a pesar de todos los años de soledad que llevamos cargados a nuestras espaldas. Por eso queremos una parada del AVE, por eso

exigimos a nuestros políticos que la consigan. A ser posible, sin manifestaciones.

Pero en la vida hay un tiempo para todo. Y evidentemente para el goce. Disfrutemos ahora de este momento entre nosotros, de la feria de esta hospitalaria ciudad que nos ha acogido con los brazos abiertos.

¡Vivan Los Pedroches y viva la Feria de Córdoba!

Francisco Antonio Carrasco